

Axel Riveros Vera

---

# Ciudad e Historia

53

*Crofta*



Axel Riveros Vera

## Ciudad e Historia



Para comprender el desarrollo histórico de la ciudad es necesario tener en cuenta el referente del espacio, entendido como una construcción social que abarcaría la dimensión urbana y rural de una región; y decimos que es social porque el hombre y la sociedad actúan sobre la naturaleza. Lo cierto es que el hombre gracias a su racionalidad crea y le da sentido a lo que lo rodea; esa es la razón por la cual el geógrafo Pierre George afirmaba que el hombre es constructor de paisajes.

### Espacio, ciudad y poder

Si se mira con detenimiento la dimensión histórica del espacio se tiene, por ejemplo, que lo territorial tuvo una importancia importante en la Edad Media entendido como la vinculación estrecha a un espacio, principalmente el urbano, ya que se debe recordar que a finales de este período hay un florecimiento de las ciudades que se desarrollaron a partir de antiguas ciudades romanas y de los nuevos enclaves comerciales que aparecían. Todo estaba ligado a la tierra, desde la producción de bienes hasta la organización social y la construcción de creencias religiosas; en este momento el tiempo era algo

casi inexistente ya que no había una amplia dinámica social-productiva. La Edad Media era un conjunto jerarquizado de lugares: lugares sagrados y profanos, lugares abiertos y cerrados; lugares urbanos y rurales; había una relación entre los lugares supraceléstes, celestes y terrenales; en algunos lugares los objetos eran desplazados, en otros encontraban su emplazamiento y sus sitios naturales; existía como diría Foucault «un espacio de localización»<sup>1</sup>.

En la Edad Media el espacio además de ser el lugar de las cosas y de los hombres dividía la conciencia y las relaciones sociales. «El espacio era por lo tanto la conceptualización de la cultura de la tierra y del sometimiento territorial, cultura radical que negaba el movimiento y dicotomizaba la realidad en lo sedentario y en lo estático»<sup>2</sup>.

En la etapa posterior a la Edad Media, la Modernidad, el espacio queda en un segundo nivel ya que el tiempo y la cuantificación ocupan un lugar predominante; el hombre encuentra una manera nueva de presentarse y de representarse el mundo. Además un hecho que caracteriza a esta nueva etapa es que el hombre le da a la razón el valor que debía tener, ya que en la Edad Media la fe era el referente de todas las actividades sociales.

Desde las Cruzadas, Occidente se había expandido y se habían descubierto nuevos bienes y nuevas rutas, que ampliaban y diversificaban el incipiente comercio, además una aspiración de los señores feudales era conquistar nuevas tierras para imponer el sistema feudal que predominaba en Europa, en el cual la base económica era la acumulación y la explotación de tierras por medio de mano de obra servil y con un sistema de autoabastecimiento conocido como autarquía. En América Latina a pesar de la resistencia indígena los europeos desarrollaron algunas de esas formas feudales de la Edad Media y que aun perviven en algunas zonas del continente.

La Invasión a América después de 1492 amplió la actividad comercial, el hombre asiste a una revolución de inmensurables proporciones, así mismo la sociedad se enfrenta a una alteración de las estructuras sociales, culturales y económicas hasta ahora existentes. El hombre se vuelve sujeto de su propio desarrollo, la lucha con la

naturaleza y con la organización social estará guiada por los progresos de su conocimiento. El mundo adquiere un orden racional. La magia y lo sagrado son desplazados por la ciencia y lo profano, pero «este desplazamiento no es algo que simplemente se superpone y queda, sino que es un proceso lleno de desgarramientos y retornos que no destruye del



Medallón de terracota  
Símbolo del Sacrificio Divino  
y de la Salvación y Enseña  
del oficio de la Imita.

<sup>1</sup> Foucault, Michel. *Los Espacios Duros*. Módulo de Lectura Estética y Política. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000. Pág. 1

<sup>2</sup> Toro, Jaime. *Campo, Ciudad y Estado*. Bogotá: Cerebrin. Arturo Gacá, 2001. Pág. 1

todo la racionalidad anterior, sino que a ella se integra y resignifica»<sup>4</sup>. De esta manera, el espacio recobra una importancia fundamental además de ser un contenedor del transcurrir de las comunidades, se hace vacío y se homogeniza de acuerdo con las necesidades del nascente capitalismo triunfante.

En la modernidad se dinamiza el mundo, aparecen el afán de la producción y la ganancia y el tiempo adquieren una mayor importancia, cobra sentido aquello de que «el tiempo es oro»; a su vez el espacio que antes era algo heterogéneo se valoriza y gracias a la razón se cuantifica, ya que el rendimiento de las actividades productivas se relaciona con ese capitalismo que ha nacido comercialmente en Holanda e industrialmente en Inglaterra. Se asiste a un proceso de revolución burguesa, en el que los señores feudales pierden primero su poder económico con la Revolución Industrial y su poder político con la Revolución Francesa. «El objetivo ahora era transcurrir como en un espiral único, guiados por la razón y la ciencia hacia un mundo mejor más igualitario y cómodo, a través del dominio del espacio entendido éste como naturaleza. A este proceso se le conoce como progreso, que luego va a ser respaldado y afirmado por la búsqueda del crecimiento económico como única salida. La ciencia sufre un proceso de dogmatización mítica que siempre la determina»<sup>5</sup>. Las ciencias sociales no conciben los cambios en el tiempo por acciones internas sino por hechos exógenos, es decir, el desarrollo y subdesarrollo responden más a las condiciones históricas externas en las que se dieron, que a su mismo proceso particular y a sus condiciones de productividad y crecimiento económico.

La modernidad abrió un espacio de localización que vino de la mano con Galileo; «el verdadero escándalo de la obra de Galileo no fue tanto haber descubierto - haber redescubierto, más bien, que la tierra giraba alrededor del sol, sino el haber erigido un espacio infinito, e infinitamente abierto...»<sup>6</sup>, es decir, desde Galileo la extensión substituye a la localización. Pero en la actualidad, la ubicación ha substituido a la extensión, que a su vez substituyó a la localización. La ubicación se define por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos; esto necesariamente lleva a una revalorización y reconsideración del espacio, tanto de la ciudad como del campo.

Ahora bien, el hombre y la sociedad debían hacer frente a estas transformaciones, todos debían alcanzar y llegar al progreso; las dificultades que se encontraban en el camino se debían a la inadecuada articulación teórica y real al nuevo sistema productivo: el capitalista. Esta nueva formación socio-económica parte de la aguda contradicción entre el capital que poseen unos reducidos grupos y el trabajo que es una mercancía que se compra y se vende dentro de ese proceso. La construcción de una sociedad mejor o la búsqueda del paraíso no se lograba en la medida en que amplios sectores de la población no se articulaban adecuadamente a las funciones asignadas en el espacio. El efecto de esto eran las diferencias étnicas y sociales, que se agravaban por ciertas particularidades molestas del territorio como distancia, pocos recursos naturales, escasez de agua y ausencia de vías de comunicación.

Algunos investigadores consideran que se necesitaba una voluntad moderna para regular y encauzar todo, se requería de una instancia reguladora del espacio y de todo lo que en él

podía y debía ser...

<sup>4</sup> *Ibidem*, Pág. 2.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Foucault, Michel, *Op.Cit.*, Pág. 1.

podía y debía ser transformado. El orden racional necesitaba la herramienta que legitimara y llevara adelante el progreso moderno, esta herramienta era el Estado-Nación, en pocas palabras el Estado. Esta es una organización que controla la vida de los seres humanos en la mayor parte de la Tierra, cada Estado por lo tanto reclamará sus respectivas parcelas; el territorio permite actualizar la noción de soberanía. Pero el problema es que el Estado además de ser una institución ligada al monopolio de un territorio, también controla la sociedad, el tiempo, las cosas y los cuerpos; legitima una estética determinada, un modo de pensar; una manera de administrar y administrarse. El Estado atraviesa y afecta al hombre en casi todas sus decisiones a partir de un territorio administrado, esta condición del Estado moderno siempre se ha relacionado con la dinámica del sistema capitalista.

### El derecho a la ciudad

Ahora bien, se ha abusado de la consideración de que la relación naturaleza y cultura deriva de la relación ciudad-campo, consideración que no es cierta. Aquí están presentes tres términos fundamentales ruralidad, tejido urbano y centralidad. La naturaleza va más allá de la acción racional de dominación y apropiación. Sólo es posible su dominación plena en la imaginación y en los hombres depredadores del medio ambiente. El campo es lugar de producción y obras. La producción agrícola hace nacer productos; por su parte el paisaje es obra. «Esta obra emerge de una tierra lentamente modelada, vinculada originariamente a grupos que la ocupan por sacralización recíproca, más tarde profanada por la ciudad y la vida urbana

(que captan esta sacralización, la condensan, y, finalmente, la disuelven en el transcurso de las épocas, absorbiéndola en la racionalidad)». Lo fundamental de todo este proceso es la utilización que la ciudad política hace del carácter sacro-maldito del suelo, con el fin de que la ciudad económica (comercial) lo profane<sup>6</sup>.

La vida urbana comprende mediaciones originales entre la ciudad, el campo y la naturaleza; estos procesos se comprenden gracias a los simbolismos y representaciones (ideológicos e imaginarios) que se hacen de la naturaleza y del campo por parte de los ciudadanos, es decir, el mundo urbano encuentra sentido gracias a la manera como percibimos y concebimos el entorno próximo a las ciudades.

La relación ciudad-campo ha cambiado profundamente a lo largo del tiempo según las épocas y las formaciones económicas predominantes: unas veces se caracteriza por un conflicto radical otras veces ha estado calmada y cercana a una asociación. En un mismo momento histórico se presentan relaciones diferentes. Por ejemplo, en la Edad Media, el señor territorial atacaba a la ciudad en la que comerciaban los mercaderes, a su vez, la ciudad se enfrenta a los señores feudales. La ciudad se libera, se convierte en una villa dependiente de los nuevos señores que provienen del capital. La lucha de clases facilita la nueva obra de las ciudades.

Actualmente, la relación ciudad-campo se transforma. «En los países industriales, la antigua explotación del campo circundante por la ciudad, centro de acumulaciones de capital, cede lugar a formas más sutiles de dominación

<sup>6</sup> Lefebvre, Henri. El Derecho a la Ciudad. Documento de trabajo. Bogotá: Escuela de Liderazgo Democrático-Corp/Viva la Ciudadanía, 1997. Pág. 87.

y explotación, convirtiéndose la ciudad en centro de decisión y, aparentemente, de asociación»<sup>7</sup>. La ciudad en expansión ataca al campo. La vida urbana penetra en la vida campesina eliminando o alterando sus elementos más tradicionales; el trabajo artesanal y los reducidos mercados de productos agrícolas son reemplazados por los centros urbanos con sus decisiones, actividades industriales y sus llamativos centros comerciales. Los pueblos se ruralizan perdiendo lo específico campesino, se adaptan a la ciudad pero también se resisten a esa presión.

Es difícil que se imponga el tejido urbano en el campo y en las zonas rurales, es decir, no es tan fácil que el campo se pierda en el seno de la ciudad. De esta forma, aparece lo «urbano», como una superación de la simple vida urbana, pero lo cierto es que lo urbano no puede reemplazar las manifestaciones urbanas y las del campo. La contradicción «urbano-rural» se acentúa. No es tan fácil superar el conflicto entre la ciudad y el campo. La división del trabajo en la que una región produce determinados productos y en otra zona se procesan (relación tradicional campo - ciudad), no se ha superado hoy en día, ni tampoco la contradicción entre naturaleza y sociedad, y entre lo material y lo espiritual. Una posibilidad para superar esta serie de contradicciones es la de reconsiderar la relación tejido urbano - centralidad.

En los países industrializados se pueden establecer ciudades policéntricas, centralidades diferenciadas y renovadas e incluso centralidades móviles; la ideología del urbanismo debe superarse en la medida en que la centralidad no puede identificarse como lo urbano-relacionado con los centros de decisión

e información. «La idea directriz sería: ni ciudad tradicional (separada del campo para dominarlo mejor) ni megalópolis sin forma y «tejido», sin trama ni cadena. La desaparición de la centralidad no se impone ni teórica ni prácticamente»<sup>8</sup>.

Por todo lo anterior, es necesario redefinir las formas, funciones, estructuras de la ciudad (económicas, políticas, culturales, etc.), así como las necesidades sociales inherentes a la sociedad urbana. Un problema actual radica en que los medios de comunicación a comienzos de este siglo XXI definen y precisan las necesidades. Existen una serie de necesidades opuestas y complementarias como la de seguridad y apertura, la de certidumbre y aventura, la organización del trabajo y la de juego, las necesidades de previsibilidad e improvisación, de unidad y diferencia, de independencia (y soledad) y de comunicación entre otras. A estas necesidades se añaden necesidades específicas que no son consideradas por los urbanistas, como la necesidad de información, de simbolismo, de imaginación y de actividades lúdicas; todos estos aspectos corresponden a unas manifestaciones particulares y momentos, que superan las divisiones y las limitaciones de las diferentes actividades. «Las necesidades urbanas específicas consistirán seguramente en necesidades de lugares cualificados, lugares de simultaneidad y encuentros, lugares en los que el cambio suplantaría al valor de cambio, al comercio y al beneficio»<sup>9</sup>.

Algunos investigadores consideran importante la construcción de una ciencia de la ciudad, en la que la ciudad sería su objeto de estudio, tomaría de otras ciencias métodos, procedimientos y conceptos; su conocimiento partiría de los fragmentos que le ofrece la ciudad

histórica ya modificada...

<sup>7</sup> *Ibidem*. Págs. 88 y 89.

<sup>8</sup> *Ibidem*. Pág. 90.

<sup>9</sup> *Ibidem*. Págs. 123 y 124.

histórica ya modificada. Como texto social, esta ciudad histórica no conserva ya nada de serie coherente de prescripciones, de un empleo del tiempo vinculado a símbolos, a un estilo; este documento se parece a una exposición de un museo. «La ciudad históricamente formada se deja de vivir; se deja de aprehender prácticamente, y queda sólo como objeto de consumo cultural para turistas y para el esteticismo, ávidos de espectáculos y de lo pintoresco. Incluso para los que buscan comprenderla cálidamente, la ciudad está muerta. Sin embargo, «lo urbano», persiste en estado de actualidad dispersa y alienada, de germen, de virtualidad»<sup>10</sup>. Como es difícil la reconstitución de una ciudad antigua, es indispensable la construcción de una nueva ciudad, sobre nuevas bases, en otras condiciones, en otra sociedad. No se aspira a reconstruir la ciudad tradicional ni tampoco se puede huir hacia el futuro esperando la ciudad ideal, de esta manera estamos dentro de la historia; en la ciudad no se separan el pasado, el presente y lo posible.

El viejo humanismo clásico ha terminado a pesar de que perviva en las discusiones, en las universidades y en las publicaciones. La medida «humana» ha sido desplazada por la comprensión real y «universal». Ese viejo humanismo desapareció en las guerras mundiales; en él se combinaron antes y después el aumento demográfico, los grandes exterminios, las exigencias del crecimiento, la competición económica y la dependencia tecnológica. Lo cierto es que el «hombre nuevo» que debía nacer de la producción industrial y de la racionalidad planificadora ha decepcionado. Una alternativa se abre, la de la sociedad urbana y lo humano como obra -y no como producto- en esta sociedad. Es la

superación del viejo «animal social» y del hombre de la ciudad antigua; es el paso del animal urbano hacia el hombre urbano, polivalente, polisensorial, capaz de relaciones complejas y transparentes con «el mundo» (el contorno y él mismo).

El viejo humanismo que era la ideología de la burguesía liberal desaparece. «Se inclinaba sobre el pueblo, sobre los sufrimientos humanos. Cubría y sostenía la retórica de las almas hermosas, de los grandes sentimientos, de las buenas conciencias. Se componía de citas grecolatinas salpicadas de judeo-cristianismo»<sup>11</sup>. Es una bebida a la que muy pocos pueden acogerse. De esta forma, hay que construir un nuevo humanismo, hacia una nueva praxis y un hombre distinto, el de la sociedad urbana; de ahí que se eliminen los viejos mitos y las viejas interpretaciones. La vida urbana todavía no ha comenzado, aun persiste en nuestras ciudades latinoamericanas el despojo de una sociedad milenaria en la que el campo y sus terratenientes han dominado la ciudad, por eso no es extraño ver en las ramas del poder público en Colombia a señores provenientes del poder de la tierra; desde las más diversas figuras del ejecutivo hasta el concejal más alejado de la ciudad capital, promueven leyes que buscan privilegiar sus poderes y proteger las herencias ancestrales. Al igual que en Europa -en cierto momento de la historia- la sociedad rural latinoamericana es la del límite -no el de las cercas sino el de las restricciones-; uno de los retos que se tiene es el de construir una vida nueva en la ciudad, más allá de la ilusión que crean los grandes señores del capital y sus medios de comunicación.

<sup>10</sup> Ibídem. Pág. 124 y 125.

<sup>11</sup> Ibídem. Pág. 127.

La invitación es a acercarnos a la utopía experimental, considerando sus implicaciones y consecuencias, es tratar de reconocer los lugares con posible éxito social e identificar los ritmos de vida cotidiana que se inscribirán. La estructura, la función y la forma adquieren un nuevo sentido, se articulan y se combinan sin desconocer y descuidar al individuo, al ciudadano. A estos elementos se suman los sistemas de significaciones, «las políticas tienen sus sistemas de significaciones -las ideologías- que les permiten subordinar a sus estrategias los actos y acontecimientos sociales por ellos influidos»<sup>13</sup>. Cada uno de nosotros tiene un sistema de significaciones a nivel ecológico, que muestra la recepción, la adopción y la transmisión de una serie de referentes frente al medio que nos circunda, el sistema proclama sus pasividades y actividades.

A estas utopías Foucault contrapone las heterotopías que son espacios reflejos y de alusión, que son lo que se espera pero a la vez son la vivencia que se ha tenido y que se quiere reconstruir; son abiertas y cerradas, posibles e irreales, por ejemplo, los primeros colonizadores puritanos de Norteamérica que buscaban fundar lugares de perfección o las Reducciones Jesuíticas en el Paraguay, en donde los poblados seguían la organización de la ciudad cristiana con una plaza y en el centro se levantaba una iglesia, la cristiandad señalaba con su símbolo fundamental el espacio y la geografía del mundo americano<sup>12</sup>.

Ahora bien, la acción sobre la ciudad no es sólo responsabilidad de los arquitectos sino de todos nosotros; dada la dimensión que ha cobrado el fenómeno de la ciudad y de la vida urbana en la época moderna estaríamos enfrentados a una ciencia de la «ciudad» o del

urbanismo, cuya tarea consistiría en articular la práctica del habitar (la acción humana) y la teoría de los tiempos - espacios urbanos. Al mismo tiempo, lo parcial y lo global deberán encontrar sentido en los espacios en los que existimos. Una contradicción que se mantiene y que hay que combatir, es la que se da entre la socialización de la sociedad y la segregación generalizada. Gracias a la acción de las masas, lo individual no muere sino que se afirma. Por último, un estudio serio sobre la ciudad deberá preocuparse por los derechos de los diferentes grupos y comunidades.

El derecho a la ciudad no puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales, es ante todo un derecho a la vida urbana, transformada, renovada. «Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y lo que subsiste de vida campesina, con tal de que lo «urbano», lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible. Ello supone una teoría integral de la ciudad y la sociedad urbana que utilice los recursos de la ciencia y del arte»<sup>14</sup>.



Hacha de carpintero circundado de instrumentos típicos del albañil y del arquitecto (palustre, escuadra, compás)  
Luca della Robbia, 1400 - 1482

<sup>12</sup> Ebdem. Págs. 129 y 130

<sup>13</sup> Foucault, Michel. Op.Cit. Págs. 3 y 4.

<sup>14</sup> Henri Lefebvre. Op. Cit. Págs. 138y 139.

## El espacio público en la historia

La ciudad y su arquitectura son un reflejo de la acción del hombre sobre su entorno. Además de ser una forma de protección la ciudad es una expresión de la sensibilidad y de la representación que hace del mundo el hombre antiguo, es el recinto vital y la expresión de los valores de la cultura humana.

Toda ciudad tiene tres componentes fundamentales: los elementos primarios o monumentos, son construcciones que representan y dan forma a los valores de la cultura, a la vez que actúan como señales de orientación o de información social e histórica; el tejido urbano y residencial, en el que se articulan las formas de vivienda con las manifestaciones privadas; y el espacio público, corresponde al lugar de fundación, asentamiento y organización de la ciudad, así como la red de vías, la estructura de recorridos y los lugares abiertos para la vida social. El primero y el tercero son la res pública y tienen que ver con las relaciones sociales amplias, mientras que el segundo corresponde a las res privada y contiene los ámbitos para la acción de grupos, para la familia y sobre todo, para la existencia íntima y personal<sup>15</sup>.

En la prehistoria es el espacio ceremonial el que congrega a la tribu y constituye una representación clara de sus creencias, mitos, ritos y concepciones cósmicas. En la antigüedad la ciudad es el centro del dominio, sede del rey, de los sacerdotes, del mercado y de la administración; las instituciones se representan en el núcleo urbano donde la comunidad asiste a los eventos sociales y a través de la significación reproducen los valores de la sociedad.

La vida griega tenía una gran dimensión pública y se desarrollaba al aire libre. La ciudad en su conjunto era un lugar de encuentro, la vida urbana se daba en el exterior; en el Ágora se daban los debates filosóficos. La ciudad griega está compuesta por muralla de cerramiento, templos, distritos residenciales, teatro, estadio, palestra, puerto y, en el centro, el Ágora enmarcada por la Stoa (arcos y corredores de los edificios). En el Boleterion se realizaban los debates, en el Piritanco se guardaba el fuego de la ciudad y en el mercado se realizaban los intercambios comerciales. El Ágora estaba llena de monumentos y ofrendas, y en la Stoa se encontraban los ciudadanos, allí mismo estaban los despachos de los funcionarios, los locales comerciales y de administración pública.

En la ciudad romana el Ágora se convierte en el Foro -el núcleo de las actividades ciudadanas-, alrededor están los templos, las arcadas con los despachos y los locales comerciales, la sede del mercado y la basílica -lugar de mercado y administración de justicia. En los foros confluyen todos los ciudadanos, allí se le encuentra sentido a la participación colectiva. Los lugares de diversión eran las termas y los estadios<sup>16</sup>.

En la ciudad medieval se hallan el foso, la muralla y la puerta, los edificios principales y representativos -la iglesia, el castillo y la sede de los gremios-, plaza de mercado y calle; todo dentro de un trazado sinuoso sin mantener la regularidad rectilínea. Al traspasar la puerta se encuentra una pequeña plaza, sigue luego la calle principal que es comercial que desemboca en la plaza de mercado; que puede estar en un costado del castillo. Cerca de ésta, se encuentra la plaza de la iglesia. Las calles son corredores estrechos con casas góticas, diferentes pero familiares, son un ambiente construido y sin

<sup>15</sup> Niño Murcia, Carlos. *El Espacio Público en la Historia*. Documento Policopiado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pág. 1.

<sup>16</sup> *Ibidem*, Pág. 2.

fenómenos naturales como árboles o césped. El centro lo constituyeron el castillo y los edificios institucionales, en los que están cerca monumentos y plazas de presentación pública. Hay ciudades que se llaman burgos y que surgen a partir de las actividades comerciales y que se ubican en los cruces de caminos. No todas las ciudades de la época medieval contaban con castillos, muchos de estos eran la residencia de los reyes y de los señores feudales, en los cuales se desarrollaban actividades íntimas, privadas o de administración.

Las ciudades americanas después de la invasión europea tienen la retícula cuadrada y muy regular en torno a la plaza como la estructura característica de muchas de nuestras ciudades y municipios. Las ciudades coloniales se organizan a partir de la plaza -que es el centro fundacional-, allí en su marco están las sedes de los poderes: justicia (cabildo), militar y religioso; además están los solares de los fundadores y de los principales encomenderos; es así el lugar de las instituciones y del poder; y por lo tanto de los principales eventos y protestas. La plaza es el núcleo que organiza la ciudad, pues de ella surgen las principales calles, las cuatro rutas que organizan toda la estructura urbana y determinan la distribución de los conventos y de los espacios libres.

La estructura reticular se mantuvo hasta el siglo XX, ya que se aplicó en las diferentes ciudades de colonización -como la antioqueña en Colombia-. Hubo ese gran sentido urbano: calles de arquitectura variada pero similar, uniformidad dentro de la variedad presente tanto en el lenguaje como en los materiales. Con total privacidad de las casas y un espacio público propicio para lo comunal como el

establecimiento de parámetros como la altura de los muros y el color de las fachadas. Una angosta vereda de circulación peatonal, aparte pero no lejana de los coches; recorrido complementado con una secuencia de espacios públicos; de acuerdo a jerarquías y usos sociales<sup>17</sup>.

Por los años de la Conquista de América se desarrollaba en Europa el Renacimiento, en el que se trató de contraponer al urbanismo irregular medieval, calles o espacios regularizados con arquitectura de lenguaje clásico. Regularidad y clasicismo representaban la racionalidad del capital convertida en la nueva concepción del mundo. A algunas plazas con trazos irregulares -como en París- se les incrusta un cuadrado perfecto, como espacio para el descanso, el paseo cortesano y los torneos de caballería. En las construcciones urbanas debía primar la fachada y la apariencia ya que era importante la uniformidad de la intervención urbana, como elemento formal que simbolizaba el espíritu industrial.



Jehan Tabourot, Compot et Manuel Calendrier

<sup>17</sup> Ibidem. Págs. 3 y 4.

Después del Renacimiento un modelo muy aplicado fue el impuesto por Sixto V para Roma. Bajo una idea integral de ciudad se traza todo un sistema de calles, complementadas con varias previsiones laborales, higiénicas y demográficas. Se unían por medio de vías rectilíneas los principales monumentos, o sea, las siete iglesias que debía visitar el feligrés para ganar las indulgencias; integradas en una red de circulaciones de glorietas, de espacio público y de las relaciones visuales que iba a influir en muchas intervenciones europeas posteriores.

El otro modelo influyente fue el Palacio de Versalles, la corte del Rey Sol, que era el centro de esa nueva entidad política del mundo mercantil que sería el Estado-Nación. En su arquitectura hay un clasicismo barroco y racionales regularizaciones de la naturaleza y del entorno, este fue el modelo de otros palacios y por lo tanto, de las sedes del poder<sup>14</sup>.

En los siglos XVII y XVIII, todas las intervenciones insertan estructuras regulares y avenidas para los ensanches y la escenografía de las capitales barrocas; son espacios significativos y muy hermosos, por ejemplo: Turín, Lisboa, Londres y Edimburgo. Las intervenciones napoleónicas refuerzan la monumentalidad de algunos edificios o espacios con la intención de crear formas clásicas, grandiosas y con una estructura geométrica. Tal es el caso de la Piazza del Pololo, o del Foro Bonaparte de Milán y de algunas construcciones en Francia.

Durante el siglo XIX se sienten los efectos de la Revolución Industrial: aumento de la población, crecimiento acelerado de las ciudades, problemas de higiene, de tráfico, desempleo, así mismo se crea una nueva

sensibilidad. La preocupación por la higiene y la salud lleva a las primeras intervenciones y reflexiones urbanas. Se destaca el proyecto urbano de París del barón Haussman. Se adelantó una operación integral que considera la administración, para lo cual se crean los «arrondissements» o visiones sectoriales; la recreación, de donde surgen varios parques (pintorescos y no geometrizados); la infraestructura, acueducto, alumbrado, alcantarillado, etc.; la apertura de vías como bulevares (amplias calles rectas de arquitectura uniforme) y algunos edificios públicos; los parques y los bulevares se convierten en los ejes de la vitalidad urbana, los escenarios de la simbología y los lugares de la sociabilidad.

La ciudad industrial crece tanto que aparecen enormes y extensos suburbios y se hace imposible el contacto con la naturaleza; entonces surge un producto típico de la ciudad moderna: el parque, como lugar de esparcimiento, paseo y disfrute de la naturaleza, así sea en un espacio delimitado y artificial. Además se hacen invernaderos, alamedas y barrios jardín o se adornan plazas y plazoletas, antes sobrias y escuetas, siempre como nostalgia del medio natural ahora sometido y arrasado por la industria. También característico de la época es el pasaje comercial, es la creación de galerías de comercio y vías peatonales que van de una calle a otra. Por ejemplo, la galería Vittorio Emmanuele de Milán o Burlington Arcade en Londres.

En nuestro medio, en el siglo XIX, las plazas se transformaron en jardines, en el parque republicano con rejas, lámparas, materas, casetas, monumentos a los próceres. Así mismo, nacen las primeras ideas de la urbanística moderna, parques, paseos, alamedas o pasajes que se

<sup>14</sup> Ibidem Pág. 4

insertan en las sencillas estructuras coloniales. Y muy pronto surgen también nuevos barrios con el criterio de la ciudad jardín; la calle se viste de verde, ahora con antejardines, prados en el andén y un separador central arborizado en la vía, todo con la perspectiva de conformar un ambiente «natural» como ideal del nuevo barrio residencial.

Con la arquitectura moderna racional se da un cambio radical en el concepto de espacio público; la ciudad tradicional se definía como un espacio controlado y dirigido, donde era clara la jerarquía de calles y plazas, con recorridos y lugares significativos, mientras que el espacio urbano moderno es abierto, informe e indefinido y por lo tanto poco significativo y de difícil percepción. La comunicación en la calle es imposible, las vallas y los aparatos electrónicos de publicidad manipulan y controlan al individuo<sup>19</sup>.

Uno de los logros de la arquitectura moderna, es la adecuación de los espacios semipúblicos

en los conjuntos residenciales. Una dificultad, es que la acumulación de edificios no permite percibir ni reconocer lo poco que queda del espacio público. Pero los actuales procesos económicos han contribuido a la constitución de centros financieros congestionados, caóticos y con mero significado consumista, y una periferia extensa, sin lugares atractivos, significativos y de posible interacción. Un ejemplo de esto, es el Plan de Ordenamiento Territorial para Bogotá (2001) del Alcalde Peñalosa que pretende constituir un gran centro financiero en lo que fue el antiguo centro histórico desplazando a los habitantes «indeseables» -realmente los pobres que resultaron del inacabado proceso de industrialización- a la periferia; además, se necesitan eficaces sistemas privados de transporte como el metro bus -Transmilenio- para desplazar las hordas de trabajadores sin seguridad ni estabilidad laboral que puedan vender su fuerza de trabajo en las zonas urbanas que lo requieren.



Niccolò Pallorini, Apolo en su carro de fuego

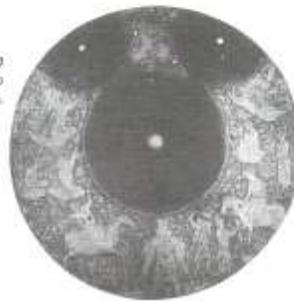
<sup>19</sup> *ibidem*, Págs. 5 y 6.

Por último, se puede afirmar, que la ciudad moderna olvidó construir un espacio social significativo para todos los ciudadanos, no basta que las autoridades afirmen que se está «construyendo una ciudad igualitaria» cuando hay andenes pero no vivienda, parques privados bonitos pero no alimentación, metro bus pero no trabajo, es decir, estamos más lejanos y distantes de un verdadero derecho a la ciudad.

### La Ciudad como fuente de estudio histórico

Uno de los retos que tienen los investigadores sociales es el de intentar una explicación acerca de las complejas relaciones históricas entre las ciudades y el campo. Es necesario reconocer los modos de producción, de distribución, de consumo, del despliegue de las relaciones sociales o de las actitudes mentales, también es importante mirar cómo se articulan el mundo urbano y el mundo rural; son dos espacios o territorios comunicados, pero cuya evolución no sigue las mismas cadencias y que permanecen de alguna manera separados, a veces hay una serie de conflictos ya sea por los servicios, los beneficios o los prejuicios.<sup>20</sup>

Persia  
Disco astronómico  
Grabado de cobre dorado, 1641-66.



Pero hay que guardar cierta precaución en el intento de comprender y estudiar esta difícil relación, ya que por ejemplo, los objetos culturales más sólidos y todas las expresiones de la ideología dominante se han construido en la ciudad, esto para el caso de Francia; pero en nuestro medio, las ideas y las creencias dominantes son un híbrido entre el campo y la ciudad.

Un referente fundamental, es que la ciudad por sí misma no es la fuente del progreso. Habría que preguntarse por qué se ha promovido esta idea y en qué medida esto es falso. Pero un problema es ¿Qué es una ciudad? Se han considerado dos elementos, el porcentaje de la población y las actividades productivas que se desarrollan; pero este esquema puede resultar muy simple, aunque responde a las estructuras del Estado moderno, ya que corresponde a la larga práctica de los funcionarios encargados de ordenar los sujetos, los electores, los reclutas o los contribuyentes. Pero estos elementos están asociados al mito del progreso. La presión de ideologías ligadas al modo de producción capitalista favoreció su acogida. Además, cada investigador puede dar la definición que crea más conveniente sobre la ciudad.

«A lo largo de su historia, la ciudad no se caracteriza pues, ni por el número, ni por las actividades de los hombres que allí habitan, sino por rasgos particulares de status jurídico, de sociabilidad y de cultura. Estos rasgos derivan del papel primordial que cumple el órgano urbano. Este papel no es económico, es político». La ciudad se distingue del medio que la rodea por lo que ella es, el punto de enraizamiento del poder. El Estado crea la ciudad. En la ciudad se establece el Estado.<sup>21</sup>

Los romanos en la antigüedad impusieron la palabra *civitas* en los lugares que conquistaban, designaba a la vez territorio ocupado por un pueblo y el área particular que formaba el núcleo de este orden. La ciudad es un instrumento de regulación, que aparece como la capital. Ella es el centro, el eje de un sistema de soberanía, a partir de ahí se desarrolla y asegura el orden general. Desde su ubicación expande sus márgenes fronterizos, generalmente silvestres y desérticos, que separan la ciudad de otros vecinos igualmente construidos. La ciudad representa el lujo, el orgullo, el modelo de su orden perfecto. La originalidad del espacio urbano está dada por todo esto.

La ciudad no se encerraba detrás de unas murallas, se dejaba un lugar para los jardines y los espacios públicos, se convertía en un lugar de protección para sus habitantes, pero sus reglas jurídicas no eran semejantes a las que se aplicaban afuera. La ciudad se distinguía de los otros cercados por la majestuosidad de sus puertas; eran lugares de control, con signos simbólicos de soberanía y de paso. Un día señalado toda la población era invitada a sobrepasar ese límite, allí cada ciudadano tenía el lugar que correspondía a su rango, participaba en las representaciones del poder; la ciudad era el gran teatro del civismo.

«A causa de su función, la ciudad se ordena según un plan regular: Ella es monumental por naturaleza, alrededor de la plaza se organizan los edificios de prestigio; ella es el área despejada, en donde se desfila o se habla, donde las órdenes son comunicadas por los bandos, donde el magistrado dice públicamente lo que es justo y lo que amerita ser corregido. Por sus estructuras, la ciudad tiene

la misión de evidenciar a la mirada el orden<sup>22</sup>». Hay una rectitud, por eso uno de los retos es el de canalizar el agua. La ciudad por su propia condición celebra las victorias de la cultura. Hay una función simbólica predominante, cualquiera deseaba ser ciudadano cabal, tomar su parte de poder, gozar de sus beneficios, se esforzaba por aproximarse al centro de la *civitas*.

En la ciudad, en medio del territorio, la función política urbana agrupaba, los más altos grados de libertad -ostentados por la reducida aristocracia- y los más altos de servidumbre -masa amplia de empleados dedicada al servicio doméstico. Para que existiera este modelo era indispensable la participación del campo. Necesitaba los bienes del campo para alimentarse, embellecerse y prodigar sus encantos. Producto político, ella le explotaba naturalmente sus productos. Había una dimensión pública en la cual los individuos pagaban por los servicios recibidos, pero también una relación privada en la que los grupos privilegiados llevaban sus excedentes al medio urbano. Pero la ciudad también refleja el mundo de la alegría, de la diversión, por eso, las ciudades rivalizan para mostrar su supremacía a través de la abundancia de ornatos. Esta manera de ser diferente provocó en cada ciudad el auge el comercio y del artesanado, alrededor de la plaza florece el arte, allí también se encontraban mercancías exóticas de tierras lejanas. La ciudad así como recibe del campo determinados productos también suministra la felicidad, se irradian los prestigios ciudadanos<sup>23</sup>.

Pero el elemento religioso también se vincula al ejercicio del poder. En el centro de las ciudades los templos formaban un elemento mayor. Los sacerdotes servían en estos templos y en las ceremonias del civismo, se honraban

también las divinidades tutelares. . . .

<sup>22</sup> Duby, Georges. «La ciudad centro del poder. Prólogo a la Historia urbana de François en Textes. Documentos de Historia y de Arte [3]. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000. Pág. 118.

<sup>23</sup> *Ibidem*, Pág. 121.

<sup>24</sup> *Ibidem*, Pág. 122.

<sup>25</sup> *Ibidem*, Págs. 123 y 124.

también las divinidades tutelares. La función religiosa va transformando la configuración del espacio. A comienzos del siglo IV el cristianismo fue reconocido oficialmente como religión del Imperio y las Instituciones de la Iglesia cristiana se incorporaron a las instituciones públicas. El obispo ocupó un cargo dentro de la jerarquía. Los lugares de encuentro de los cristianos se sobrepusieron en los emplazamientos de los templos paganos. El santuario adquiere una fuerte dimensión ritual, el cristianismo se insertó dentro del marco más eminente de la civilización y del poder, en los tejidos urbanos, y los nutrió de una gran dinámica<sup>24</sup>.

El intercambio comercial y el enriquecimiento de las élites en las ciudades, hacen que las ciudades se conviertan en un mercado, atrayendo a los vecinos que tenían dinero. Los negociantes llevaron los trabajos de los artesanos a zonas distantes, la moneda se populariza y sirve como medio de intercambio. Las presiones de gravámenes no quitaban del todo las ganancias de negociantes y artesanos, estos lograron en algunos casos liberarse de las fuertes deudas impuestas. Los burgueses aparecen y gracias a sus tácticas de asociación logran que el ambiente de la ciudad cambie, el aire de la ciudad hace libre. «Esta libertad y todo el dinero del que se sabían llenas las arcas de los burgueses, atizaron entre los hombres y las mujeres de los poblados el deseo de establecerse en la ciudad. [...] Frente al poblado, habitado de buenos salvajes, de trabajos meritorios asegurados de su salvación, surgió la ciudad como un lugar de perdición, la sentina de todos los vicios. Porque el dinero jugaba aquí el principal papel<sup>25</sup>». A pesar del fuerte poder de la riqueza la importancia de la supremacía de la ciudad radicaba en lo político.

El panorama de la ciudad va cambiando gradualmente gracias a la Revolución Industrial, que se inicia aproximadamente hace tres siglos. «La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural<sup>26</sup>». Las ciudades son el refugio de los campesinos y de los pequeños propietarios que son desplazados del campo por las actividades agroindustriales impulsadas por los burgueses, a su vez se da toda una estratificación a partir de la acumulación del capital y de la relación de los individuos con respecto a los medios de producción, ya que unos son los dueños y otros son los que tienen que alquilarse por horas en esas máquinas, para producir mercancías y bienes de los cuales recibirán un mísero salario, mientras el patrono va acumulando las ganancias<sup>27</sup>. De esta manera, aparece la civilización moderna urbana en la cual los privilegiados burgueses viven en villas y los obreros se agrupan en barrios o en colonias que no cuentan con los más mínimos servicios públicos. En la ciudad se reflejan las contradicciones de clase entre la burguesía y el proletariado, inclusive los primeros viven en zonas exclusivas mientras que los otros sobreviven comúnmente en la perifera o en los suburbios, este modelo aún existe con muy pocas modificaciones en las actuales urbes.

Frente a todo esto, vale la pena preguntarnos cómo ha sido el desarrollo de la ciudad colombiana y latinoamericana; reflexionar acerca de si ha sido similar o diferente al europeo y en qué aspectos.

<sup>24</sup> Ibidem, Pág. 125.

<sup>25</sup> Ibidem, Pág. 131 y 32.

<sup>26</sup> Marx, C. y Engels, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Editorial Progreso, 1976. Pág. 35.

<sup>27</sup> Ibidem, Págs. 36-37.

## La ciudad actual como fenómeno particular

El sociólogo y sacerdote Camilo Torres, en los años 60, señalaba que «no podemos hablar de una sociedad rural y una sociedad urbana, como de dos sociedades separadas. Es necesario reconocer la existencia de un continuo folk-urbano, rural-urbano», y posteriormente añadía: «El proceso que hace pasar una sociedad folk a una sociedad urbana es el proceso de cambio social en general. Este cambio social caracterizado por una mayor elaboración de la actividad humana, por la división y especialización de ésta, se ha producido a medida que el hombre satisface necesidades nuevas».<sup>28</sup> Es interesante observar que Camilo Torres ve una continuidad entre el espacio rural y el urbano, al mismo tiempo que señala cómo ese proceso ha sido el resultado de un cambio social producto de la actividad humana, actividad que se orienta a la satisfacción permanente de necesidades básicas.

Un elemento que se destaca es que hay una estrecha y permanente relación entre el hombre y la naturaleza, hay una interacción mutua que se refleja en la ciudad y que el sociólogo Camilo Torres destaca de la siguiente manera: «la sociedad urbana ha surgido de la necesidad de vivir cerca, ecológicamente, para poder tener especializaciones complementarias en la actividad humana». Pero reafirmando su interpretación continúa describiendo: «Sin embargo, la concentración demográfica y ecológica es una etapa del cambio social. La limitación ecológica no ha sido aún superada por la técnica. El sistema de comunicaciones, no ha evolucionado suficientemente como

para que la especialización en la actividad pueda prescindir de la cercanía geográfica».<sup>29</sup>

Por último, debido al desarrollo de las vías de comunicación y de que la tasa de urbanización ha disminuido en algunos países desarrollados, algunos investigadores afirman que los campos se están volviendo ciudades, gracias a la división y a la especialización humana. Todo esto ha hecho que los sociólogos se encuentren interesados en establecer si hay «sociedad urbana» o «comunidad urbana». Camilo Torres, invita a definir «qué tendencia lleva la sociedad contemporánea en su evolución histórica». Por eso concluye: «En mi concepto, la ciudad actual no es sino un fenómeno transitorio, dentro del proceso general de especialización de la actividad humana».<sup>30</sup>

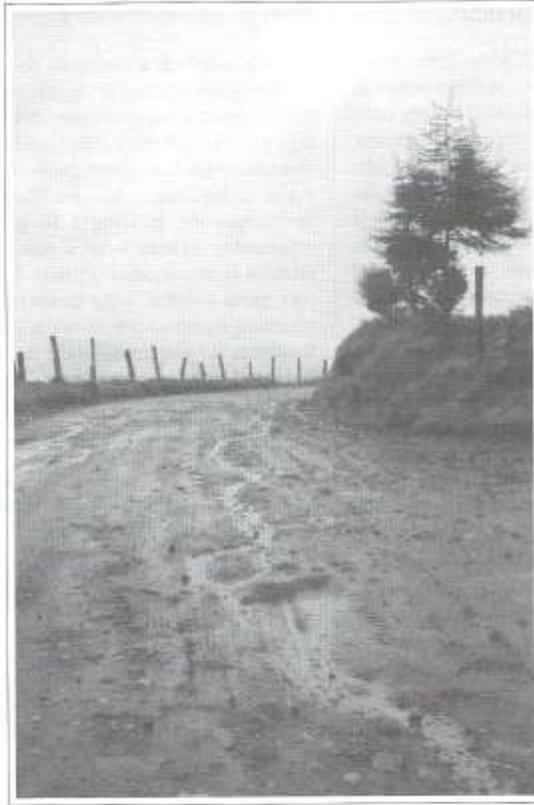


Inglaterra (York)  
«Hombre zodiacal» del Libro  
del Gremio de Barberos. Cúchidos  
Manuscrito, siglo XV.

<sup>28</sup> Torres Restrepo, Camilo. «Se puede definir la sociedad urbana?». En: *Andrés Bello*, No. 40, Bogotá: EPPH - Universidad Nacional de Colombia, May / Agt 2000. Pág. 103.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

<sup>30</sup> *Ibidem*.



Surcos